

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCILOGIA
ARTE



SUMARIO:

Wagner	<i>El Libertario</i>
Tuberculosis	<i>Dr. Queralló</i>
Sociología	<i>J. Ingenieros</i>
Filosofía y Religión	<i>Proudhon</i>
Recibos y Notas	<i>La Dirección</i>
A chorros	<i>S. Delgado</i>

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RESTAURANT
PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 247

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

En la LIBRERÍA FALCÓ

Se han recibido las siguientes obras nuevas
de la popular BIBLIOTECA DOMENECH.

POR LA VIDA, por J. Pous y Pagés.

LAS ROCAS BLANCAS, por Eduardo Rod.

ALMAS EN PENA, por Bjornstjerne Bjornson.

EROTICA, por B. Morales San Martin.

RELATO DE UN NIHILISTA, por Anton Tchekov.

EL CUPON FALSO, por León Tolstoi.

DEL HUERTO PROVINCIANO, por Gabriel Miró.

EL SECRETO DEL AHORCADO, por Carlos Dickens.

BALADA, por R. Sánchez Díaz.

EL ABISMO, por Carlos Dickens y W. Collins.

Estas obras lujosamente empastadas se venden a **4 reales** el tomo

San José, Costa Rica

— 25 de Junio de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 60

A propósito del centenario de Wagner

(Trozos de "El Libertario")

I

Que Wagner fue el más grande y el más genial revolucionario del Arte es, en nuestros días, artículo de fe. Lo que era materia de opinión convirtiéndose rápidamente en certidumbre, y el genio creador triunfó de todos los misonismos y de todas las rutinas.

Mas lo que todo el mundo sabe y confiesa de Wagner como artista, muchos ignoran que lo fué también como pensador. Sus obras filosóficas no dejan, sin embargo, lugar a dudas. Hasta como orador podría citársele, ya que en un miting de la Sociedad política **Fatherland** se produjo como ardiente revolucionario de pensamiento y de acción.

Hace algunos meses que en "Les Temps Nouveaux", de París, un camarada que se firma "Siegfried" dió las primicias de un estudio que sobre Richard Wagner tiene en preparación a fin de mostrarnos al gran maestro bajo un punto de vista enteramente nuevo que, con obstinación y perseverancia dignas de mejor causa, se pretende envolver en tinieblas.

Al mismo tiempo Luis Morote, en un periódico de Madrid, consagraba al mismo asunto extenso y bien documentado artículo que ponía de relieve la condición revolucionaria del inmortal compositor.

Ambos trabajos nos inducen a escribir estas cuartillas, ganosos de

popularizar entre los amigos y correligionarios noticias que permiten sumar a nuestras opiniones las del hombre que ha sabido elevar el arte a las alturas de lo sublime.

Que el arte es factor inestimable de renovación, sería pueril negarlo. Las grandes transformaciones no se realizan sino bajo la influencia de las más elevadas idealidades, de las más geniales creaciones artísticas y de las más poderosas fuerzas mecánicas. Pensamiento, Pasión y Acción son los tres propulsores y las tres modalidades indispensables de todo cambio profundo de la vida y de la vida misma.

Si Raymond Duncan levanta la bandera de la renovación por el Arte, habrá que saludar la aparición de un gran factor más en las luchas sociales de nuestros días, que mientras labora entre nosotros la degeneración que viene de arriba, bueno será que de abajo brote la exaltación de lo más noble y de lo más digno que hay en los hombres.

A la grosera influencia del medio gubernamental con sus mecanismos de espionaje, de rebajamiento público, de decadente labor intelectual y artística, responderá así la elevada influencia del medio social con su acción diversificada de arte y de ciencia, motora de futuras expansiones populares y de profundos cambios en la organización de los pueblos.

II

Dejemos la palabra al camarada "Siegfried".

Bajo la influencia inmediata de Feuerbach, innegable hasta 1854— aunque la mayor parte de los Wagnerianos la consideraban como un error pasajero y superficial (1)—, Richard Wagner fue, por su naturaleza esencialmente artística, por su carácter irreductiblemente independiente, tal como se le conoció en su exterior revolucionario, un verdadero anarquista interior. Anarquista no sólo por su arte superior e incomprendido, sino también como espíritu amplio, sintético, profundamente humano y celoso de su individualidad en el más alto grado.

"Si me entregarais la tierra—dice en su obra "El Arte y la Revolución"—para organizar la Sociedad en vista de su bienestar, no podría hacer más que una cosa: dejarla en plena y completa libertad de organizarse por sí misma. Esta libertad se produciría espontáneamente, si destruyéramos todo lo que a ella se opone."

Sin embargo, consignemos, para satisfacción de los sectarios de la Idea y para evitar todo equívoco, que el espíritu revolucionario y anarquista de Wagner fue al fin absorbido por el nihilismo de Schopenhauer. Pero su última creación, **Parsifal**, prueba suficientemente que la conversión no fue la apostasía egoísta de un hombre ya colmado de honores y de riquezas sino, por el contrario, la resultante del aislamiento intelectual del artista, de sus decepciones ante la realidad desconcertante y, sobre todo, de su espíritu atávicamente místico y religioso. Esto es lo que, en suma, le empujó a pasar de su naturaleza revolucionaria, a la negación de la voluntad y al sacrificio de la acción.

¡Qué importa este cambio de ideas filosóficas! Consideremos al hombre

en la época que nos pertenecía por entero e inspirémonos en él.

"Wagner, en 1848, defendía principalmente la libertad del amor, los derechos de la inspiración y la independencia de la actividad. Por eso se esforzó bravamente en quebrantar, por la anarquía natural de la sinceridad y por el carácter revolucionario del sentimiento inmediato, las obligaciones del juramento, los lazos del matrimonio y las leyes de la propiedad". (A. Levy.— "La Filosofía de Feuerbach").

En el advenimiento de los tiempos nuevos de que habla Lichtenberger al citar un artículo publicado en "Volksllaetter", de Rockel, Wagner mantiene aún el espíritu anarquista más puro, más específico y más absoluto. "Yo soy la sublime divinidad—exclama hablando de la Revolución—. Yo destruiré el poder del Estado, de la Ley y de la Propiedad. Que el hombre tenga por único amo su **propia** voluntad, por única ley su **propio** placer, por único haber su **propia** fuerza, puesto que no hay nada más sagrado que el **hombre libre**, y nada sobre él puede subsistir. . . . " (Cf. Lichtenberger.— "Richard Wagner, poeta y pensador".)

Lo que Wagner quiere es el **hombre bello y fuerte**: "que la Revolución le dé la **Fuerza, el Arte y la Belleza**".

III

De un artículo escrito por Wagner poco después de la honda conmoción europea del 48, reprodujo Luis Morote en "La Noche", de Madrid, los párrafos siguientes:

"La ley de los muertos no es nuestra ley. La vida tiene su **ley en sí misma**. Y desde el momento en que la ley es para los vivos y no para los muertos, y que vosotros, trabajadores, sois hombres llenos de vida, no hay nadie que esté por encima de vosotros y vuestra propia libre voluntad es la única ley **suprema**, y el dios nuevo, que es de justicia y de democracia, destruirá el dominio de

(1) Cf. Lichtenberger.—"R. Wagner".

la muerte sobre la vida. Será destruida la ilusión que hace de la humanidad una esclava de su propia obra, la propiedad. El bien más grande de la humanidad es su poder productivo; esa es la fuente eterna de toda dicha, y no lo que está ya producido. Lo que la Naturaleza creó, lo que los hombres crearon y transformaron, eso pertenece a la humanidad, a los indigentes, y nadie puede venir a decir: Todo eso me pertenece a mí solo, y vosotros, los demás, sois solamente convidados, a los que yo soportaré el tiempo que me plazca y mientras me produzca renta, y a los que despediré cuando me venga en gana. Lo que la Naturaleza dió, lo que el hombre produjo, lo que el sér vivo necesita, es mío”.

Wagner entrevé en los tiempos nuevos, en el estado futuro de la humanidad, “los hombres tal cual serán, libres de la última superstición, la negación de la Naturaleza.”

He ahí la fuente misma del arte grandioso de Wagner. “Sólo la Naturaleza—escribía en “El Arte y la Revolución”—puede descifrnarnos el gran destino del mundo: en la medida en que yo estoy contenida en vosotros, dice Natura a los hombres, vivís y florecéis vosotros; en la medida en que en vosotros no estoy, os consumís y perecéis.”

Y es precisamente este sentido del arte el que nos hace más sensible la Naturaleza. No se trata—afirma Siegfried—de este arte moderno dispensador de riquezas, “cuya floración es la podredumbre de las cosas y de las relaciones humanas vacías, sin alma, contra Natura” (El Arte y la Revolución); no se trata de este arte infecto “que no desdeña ni el óbolo del pobre y se introduce en las entrañas mismas del proletariado—enervador, inmoral e inhumano—y esparce en todas direcciones el veneno de su savia;” sino del arte independiente, libre de todo convencionalismo; de la “belleza en acción,” de que nos habla Wagner; de la estética racional que proclama Dun-

can; del “arte verdadero, que no puede existir fuera de la más ilimitada libertad, que no tolera poder ni autoridad alguna, en una palabra, ninguna fuerza antiartística, antisocial.” Se trata de arte puramente humano que “puede dar a la corriente de las pasiones sociales—que brota fácilmente así de los arrecifes salvajes, como de los bajos fondos populares—un fin bello y elevado, un fin de noble humanidad” (El Arte y la Revolución).

¿Cómo desentenderse del elemento pasional humano que nos conduce, por los cauces de la belleza, a la realización de los más altos ideales?

IV

Pese a la inconciencia de las multitudes, la obra de arte ejerce soberano influjo y a su mágico soplo las almas se elevan, se ennoblecen, se humanizan.

“La obra poética—dice Morote—, la obra musical del sublime autor de “Los maestros cantores” de “Tristán e Iseo”, del “Ocaso de los dioses”, no es la producción de un artista que no es más que un artista, sino el espléndido florecimiento de un alma que, por ser tan grande, por ser tan genial, aspira y logra expresar por la música mundos enteros del pensamiento humano, ideales que han sido y que ya no serán, visiones anticipadas de la Ciudad futura.

“Y el gran público que siente las ansias de Libertad, de Justicia y de Verdad, sin él saberlo, acude al teatro a aplaudir los mitos poéticos y musicales por los que ve a la Humanidad ir caminando a la gloria final de un planeta mejor, en que se realice el bienestar de todos. Sus héroes no son los héroes que, en definitiva, mueren para dar la vida a hombres más perfectos, sino representaciones de la terrible lucha por la perfección.”

Y es que, como sostiene el camarada Siegfried, Wagner se inspiró en la antigüedad griega, en la cual “la Humanidad se elevó hasta las cum-

bres del arte perfecto con la colaboración activa y entusiasta del pueblo entero." El arte helénico era, en su apogeo, la vida misma y "la más grande actividad del hombre, el placer de ser y sentirse uno mismo, de vivir y pertenecer a la comunión de los hombres libres."

"El ideal—dice Proudhon— recibió del genio griego una expresión tal, que jamás será sobrepujada. Cada vez que la Humanidad, eternamente progresiva, intente formular una idea aproximada de la belleza absoluta, a Grecia tendrá que acudir."

El valor del drama griego resultaba de la solidaridad estrecha entre el concurso fraternal de los hombres y el concurso fraternal de las artes.

Grecia "consideraba solamente como hombre libre, al hombre bello y fuerte", y, por la educación estética, hacía de su cuerpo y de su alma desde la más tierna juventud, el objeto de todo desarrollo y de los más inefables goces artísticos. (El Arte y la Revolución.)

Y así, en nuestros tiempos, habremos de hacer del hombre moderno algo más que un instrumento de opresión y un sujeto de error.

Pero esta renovación del arte helénico no implica, como pudiera suponerse, la vuelta completa a las costumbres de aquel tiempo. La caída misma del pueblo griego, a través de un largo período de miseria, pone de relieve la causa más profunda del sufrimiento universal.

El goce artístico de los griegos descansaba sobre la esclavitud. Todas las funciones penosas de la vida, a los esclavos eran reservadas. Y es precisamente el esclavo "quien nos muestra la vanidad e inestabilidad de toda la belleza y de toda la fuerza del humanismo particularista de los helenos y quien nos prueba, por siempre y para siempre, que la belleza y la fuerza, como fundamento de vida sociable, no pueden crear un

bienestar duradero sino a condición de pertenecer a todos los hombres" (El Arte y la Revolución). Wagner mismo es quien subraya las últimas palabras. No lo diría mejor el más ardiente anarquista de nuestros tiempos.

"Cuando la Humanidad en fraternal comunión—añade— haya descargado todas las penosas faenas de la vida sobre la máquina, este esclavo artificial del hombre libre creador, como los griegos las descargaban sobre el esclavo de carne y hueso, todo su instinto de artista emancipado reposará sobre las manifestaciones estéticas. Reconquistaremos así el elemento vital de los griegos, pero en un grado más elevado: lo que, entre los griegos, fue consecuencia de una evolución natural, será, entre nosotros, resultado de una lucha histórica." No hay posibilidad de equívoco ante tan hermosas ideas. Wagner y Duncan y cuantos aman la libertad y el arte, tienen de la estética griega, de la estética en sí misma, el concepto de un factor de regeneración individual y de desarrollo evolutivo de la colectividad.

Puesto que "nosotros queremos emanciparnos del yugo degradante de la esclavitud general de seres mecánicos, cuya alma es pálida como la plata, y elevarnos a la humanidad libre artística, cuya alma esplenderá su luz vivísima sobre toda la tierra"; puesto que de "jornaleros de la industria, abrumados por el trabajo excesivo, queremos convertirnos todos en hombres bellos y fuertes, a quienes el mundo pertenece como manantial inagotable de los más altos goces artísticos", preparémonos desde ahora mismo, en la medida de lo posible, a la percepción de esos goces y al goce mismo. Provocando en nuestros semejantes la necesidad de esos goces, haremos intolerable la vida actual.

A LOS MOROSOS: El que no esté al corriente de pago, no recibirá el próximo número.

Tuberculosis

Conclusión de la conferencia del doctor Queraltó (1) ante el Congreso Internacional de la Tuberculosis.—(San Sebastián, septiembre de 1912).

Sobre toda vida, la tuberculosis extiende sin tregua su dominio; si los factores sociales la determinan, la misma trabazón social lleva hasta el rico la semilla germinada en la pobreza. La tuberculosis, dice Strauss, da la medida de la civilización; triste la nuestra, que al cabo de tantos siglos de lucha se declara esclavizada por un bacilo. La tuberculosis es la enfermedad universal, afirma Baginsky; avanza lenta, pero seguramente. Es el enemigo hereditario de la humanidad, exclama Anzlochul... No; fijemos bien los términos del problema: el bacilo es inocente; es el hombre quien, desde lejanos tiempos, se ha empeñado en ser amigo del bacilo; es él quien, en su perdurable desvario, no ha cesado de esforzarse en serle grato.

El problema de la tuberculosis es, simplemente, el problema humano. Tísicos hubo en Egipto, tísicos en Grecia; pero eran contados y estaban como perdidos entre la sanidad de la masa. La tuberculosis existía; pero junto a ella y dominándola con incontrastable e imponderable imperio, había la espléndida robustez, la espléndida belleza. Florecía la vida en Grecia; vibraba en los esculturales cuerpos con vigor de expansión irresistible; y en esta oleada de fuerza que al hombre con la potente naturaleza confundía, el hombre, sano, vigoroso, hermoso, se sentía amigo de los dioses, dios él mismo. Mas la organización social era deficiente; vegetaban los esclavos bajo

ios hombres libres; no se satisfacían las almas con las iniquidades establecidas, y los sufrimientos consecutivos iban como infiltrándose en la tierra y acumulándose bajo el suelo de sus templos y de sus ciudades, y su tensión llegó a ser tan poderosa, por acrecentarse de continuo, que al fin abrieron la tierra y derrocaron los templos y asolaron aquel mundo. Triunfó la piedad; volvióse el hombre despreciable gusano ante el infinito; las amarguras de la tierra le abrieron las puertas del empíreo; y pues aquellas eran la prenda del excelso cielo, se propuso intensificarlas y acrecerlas para ser más digno de gozarlo. Hubo transmutación de valores; el cuerpo fué vil andrajo; el hambre y la miseria, la enfermedad y la muerte, dones divinos; y el hambre y la enfermedad y la miseria devastaron a los pueblos. La opresión social, lejos de menguar, fue más tiránica; por entre la turbación de las conciencias, enhestóse el egoísmo, y pactando con el cielo, se enseñoreó de la tierra. La historia de los pueblos modernos es epidemia de locura sanguinaria; no ha cesado la sangre de emparar el suelo; por toda Europa; por todo el mundo, la reja del arado pone sin cesar al descubierto los sedimentos de los cráneos apilados por los estragos de la guerra. Los más fuertes, los más valientes murieron; los débiles y los enfermos se perpetuaron; y sobre ese desecho humano, los horrores de la paz han completado los de la guerra. Ya no hay parias, sólo ciudadanos, ciudadanos libres que padecan hambre y cuya estrujadura es precisa para la orgía económica moderna. La humanidad, extenuada, gime en plena marchitez y pudrimiento. Perdiéronse los héroes y los semidioses;

(1) El Dr. Queraltó, víctima hoy de la persecución oficial española, es objeto de las simpatías del mundo civilizado. ¡La madre España no tolera rudas hidalguías! Cierta médico llamado al lecho de un tuberculoso descubre en un brazo del paciente la inscripción: "¡Viva la anarquía!" Horrorizado, saca el escalpelo y rebana el pedazo de carne en que está el grito subversivo. El Dr. Queraltó protesta contra el acto de barbarie. De ahí nace un proceso que termina en destierro.... ¡en destierro del Dr. Queraltó! ¡Vivan los toros!—E. J. R.

el gusano imaginado y consagrado por el pietismo, se ha hecho realidad viviente; pero es menos que gusano, pues le subyuga un bacilo.

Ante situación tan desesperada, es preciso ¡oh, médicos! que con toda la energía de nuestras mentes luchemos sin tregua para cumplir con el alto deber de nuestro ministerio. Ciertamente, no necesitáis estímulos, vosotros que de siempre habéis sido ejemplo de abnegación y de constancia en esta nuestra nobilísima tarea de conservar la salud y combatir la dolencia; la historia enseña que, en todas las épocas, hicisteis cuanto os fue dable para encauzar el saber hacia la dicha del hombre; pero ¿me será permitido deciros ¡oh, amigos! que tal vez en el decurso de nuestra tarea nos hemos desviado algo de nuestro objeto, y que, atraídos por la necesidad del momento, hemos invertido los términos del mismo? ¿Me será permitido deciros, que, desde la enseñanza dada en las Facultades, hasta lo más insignificante de nuestra actividad profesional diaria, es sobre todo por atacar la enfermedad que nos afanamos y que, en toda nuestra tarea, lo de conservar la salud, es lo de menos? Somos seguidores del infortunio; en cuanto entramos en una casa, las gentes preguntan qué mal ocurre; Hoffman aconsejaba que de médicos y far-

macéuticos se huyese, pues su sombra era maléfica. Pues bien; no, no; lo que más importa es conservar la salud; digo más, perfeccionarla; lo que nos interesa es que cuidemos y pulamos y hermosteemos a los sanos, no que nos entretengamos en perpetuar achacosos. Nuestra fuerza no ha de ser sólo la receta al enfermo, sino el consejo, la imposición al sano; y socialmente, nuestro deber nos obliga a luchar contra todo cuanto tienda a menoscabar la vida humana.

Pues los factores sociales son cada día más potentes, pues la tuberculosis es mal social por excelencia, estigma de una humanidad agotada, estudiemos las bases de la sociedad en que vivimos y trabajemos por mejorarlas. Librems nuestras mentes de prejuicios, adquiridos en devaneos ajenos a nuestro objeto; es la plenitud de vida lo que importa, es ella la suprema ley nuestra; y hemos de combatir y anular cuanto la oprima.

No hemos de ser expendedores de recetas, sino los supremos jefes de la Tierra. Recordemos, invirtiéndolas, aquellas tristes palabras con que la madre de Boabdil le reprendía: luchemos como hombres, si no queremos que mañana tengamos que llorar como mujeres.

Para hacer reflexionar

Lo lamentable no es que el público de toros sea como es, sino que ese público sea el mismo que actúa en la vida nacional.—JACINTO BENAVENTE.

* * *

La política es con mucha frecuencia el reflujo de todas las nulidades... Casi todos los hombres políticos son empíricos; no conocen de las cosas más que las apariencias superficiales; no tienen otra ciencia que la de sostenerse en equilibrio sobre la superficie resbaladiza y móvil de los fenómenos sociales superiores, porque imaginan dirigir los destinos de sus semejantes, los cuales, a su vez, se figuran de buena fe que reciben su impulso.—G. GREEF.

* * *

Los habitantes de nuestro planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas... Tan débil sentimiento tienen de la humanidad que desaparece enteramente ante la idea de patria.—CAMILO FLAMMARION.

Recibos

Sociología Argentina, por José Ingenieros, profesor en la Universidad de Buenos Aires. — Daniel Jorro, editor, Madrid. — Recomendamos encarecidamente la lectura de esta obra. (1)

He aquí algunos trozos:

Todo conocimiento debe considerarse contingente y provisorio: la verdad—entendida como la concordancia entre los modos de pensar y los datos de la experiencia, en un momento dado de la evolución universal— está en continuo devenir, por ser innumerables los fenómenos que la realidad presenta incesantemente a nuestros sentidos. Sólo puede exigirse a las doctrinas que no sean contradictorias con los datos de su época; su importancia se mide por la cantidad de hechos homogéneos que ellas permiten sistematizar o explicar. Los hombres forman par-

(1) Podríamos citar varias afirmaciones evidentemente injustas y varias expresiones que nos parecen incorrectas. Léase, por ejemplo, las páginas 68 y 339. En una, hablando del primer siglo de emancipación de la América latina, bendice el Autor los períodos de tiranías "durante los cuales un progreso real ha compensado generalmente la poca libertad perdida". En la otra, tratando de los programas mínimos socialistas, señala con toda frescura como "ingenuidad anticientífica" el voto de las mujeres.

Llamamos incorrectas, en una obra que pretende ser biológica, aquellas expresiones a las cuales da el Autor un sentido diverso del que tendrían en boca de un físico. La palabra **anarquía**, v. gr., resulta sinónima de **desorden** en muchos pasajes, y nosotros sostenemos que en ello hay incorrección. Supóngase una disolución de sulfato de cobre que va a cristalizar: las moléculas, todas químicamente idénticas entre sí, se agrupan con **orden y regularidad** en cristales o edificados perfectamente geométricos, pero **anárquicos**, puesto que ninguna molécula ejerce sobre las otras nada que pueda considerarse como **particular acción de mando o gobierno**.—Un anarquista físico puede sostener que su ideal de arreglo social se realizará espontáneamente cuando desaparezcan los privilegios o desigualdades entre las unidades humanas.—Un arquista físico, sin confundir el desorden o desarreglo con la verdadera anarquía, puede sostener que ésta es antibiológica, si él cree que la condición misma del progreso orgánico es la **diferenciación o desigualdad de las unidades asociadas**, diferenciación que engendra inevitablemente particulares fuerzas de mando o dirección.—Para el biólogo, el problema social consiste en decidir cuál es la diferenciación normal y cuál la patológica, cuáles desigualdades condicionan el progreso real y cuáles lo contrarían u obstaculizan.

te de un mundo en que la realidad evoluciona al mismo tiempo que sus interpretaciones.

* * *

Los cambios sociológicos suelen operarse sin que las colectividades adviertan el rumbo de su propio itinerario. La especie, las razas, las naciones, los partidos, los grupos, los individuos, son arrastrados por necesidades naturales que engendran sentimientos y se reflejan en creencias útiles. Las nociones sociológicas que pueden constituirse independientemente de esas creencias se aproximan a veces al conocimiento objetivo de los fenómenos, pero no los determinan; pensar la realidad, en el mejor de los casos, no significa crearla; el conocimiento científico nace de la experiencia, como la superficie de un lago tranquilo refleja la imagen de la realidad que existe independientemente de ella.

Así como en los individuos el área consciente sólo abarca una porción mínima de la actividad psicológica, en el orden sociológico las colectividades suelen actuar con un limitado conocimiento de sus eventualidades ulteriores. La lucha por la vida entre los grupos humanos se opera inconscientemente las más de las veces, ignorando la orientación del esfuerzo colectivo movido por creencias útiles, sin que por ello sea aquél menos intenso. Los grupos sociales suelen ser como bajeles que marchan sin brújula, arrastrados por corrientes cuyo secreto reside en causas geológicas y biológicas que lo conciencia social no sospecha.

* * *

En el terreno de la filosofía científica esta interpretación biológica de la evolución humana es preferible a las diversas interpretaciones teológicas e idealistas de la historia; lleva a considerarla como un conjun-

to de fenómenos encadenados por inevitables relaciones de causalidad y no por finalidades independientes del mundo y de la vida. Cada hecho social tiene factores determinantes que no podrían haber dejado de producirlo, y a su vez determina inevitablemente otros hechos sociales; ellos deben ser estudiados como manifestaciones muy complicadas de la evolución biológica que se opera en la superficie del planeta que habitamos; las especies vivas han adquirido las funciones indispensables para la adaptación del medio, alcanzando en la especie humana su mayor desenvolvimiento. Es tan vano pretender investigar transcendentalidades metafísicas en la evolución humana, como dar participación al hado, al azar o a un fin incognoscible en la creación de la materia, de la vida y de las sociedades.

Para estudiar esa evolución conviene prescindir de todo apriorismo o preconcepción finalista, de todo prejuicio en favor de cualquier principio o dogmatismo. Sus leyes deben buscarse con los métodos comunes a todas las ciencias naturales, pues el estudio de los fenómenos sociológicos sólo permite ver en ellos el resultado último de una serie de hechos similares a los estudiados por las demás ciencias. En este sentido podrían concretarse las fórmulas siguientes, que son la síntesis de una vasta experiencia.

El hombre no es aerolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales; es una complicada manifestación evolutiva de la vida, como ésta lo es de la materia y de la energía universal. El hombre es un ser viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intrincadas hasta lo infinito, pero sin escapar a las leyes generales de la biología. Lo mismo que los demás seres vivientes, lucha por la vida para satisfacer necesidades elementales e indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La humanidad, considerada

como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o la mala hierba: esa falta de finalidad excluye la existencia de principios éticos invariables. El resorte que pone en juego la actividad social del hombre—su conducta—es la suma de sus necesidades; el conocimiento de éstas—sometido a un determinismo riguroso—es el móvil de toda acción individual o colectiva.

Ese primer punto de partida concuerda con las ideas comunes a todos los partidarios del economismo histórico, entendido en su más amplia acepción: las necesidades materiales de la vida determinan la evolución de las sociedades humanas.

Fuerza es reconocer que los factores económicos representan las necesidades puramente biológicas de las sociedades. Son semejantes a las de toda especie viviente; las de cada agregado o grupo sociológico equivalen a las de toda agrupación estable de seres vivos: colonia de microbios, colmena de abejas, manada de potros o tribu de hombres.

* * *

La formación natural de las sociedades humanas se comprende reemplazando el clásico "organicismo" spenceriano por una interpretación biológica de la evolución social; las sociedades son simples "colonias organizadas por la división de las funciones sociales" y no "superorganismos", palabra tan exenta de sentido como el "epifenómeno" con que algunos psicólogos evitan explicar la conciencia cuya realidad afirman.

La sociología biológica remonta el problema a su fase general, biológica. En cambio, los sociólogos organicistas se limitan a una explicación por analogía, y los sociólogos economistas lo encaran bajo el aspecto particular de la división del trabajo humano. Pero el fenómeno esencial que preside toda la evolución social es uno: las necesidades

que los agregados humanos tienen que satisfacer para su doble finalidad biológica, la conservación del grupo y su continuidad. La actividad económica es simplemente su resultado. Por eso podríamos formular esta definición: **la economía política es la aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales.**

* * *

Eludir el problema social contemporáneo no significa suprimirlo; cerrar los ojos ante sus postulados, no basta para resolverlo. Es necesario plantear equilibradamente los términos de su ecuación, ponderarlos, balancearlos, para entrever soluciones eficientes, acaso nunca certeras, pero cada vez menos inexactas. Si alguna parte del carro social, siempre en marcha, amenaza desviarse, es fuerza que los hombres dirigentes se decidan a ser su brújula previsor; la política moderna requiere brazos diestros, vigorosos para ser potencia en la acción, dirigidos por cerebros ilustrados y serenos, capaces de conciliar la estabilidad de lo bueno existente con las ineludibles necesidades de lo bueno por venir. Los tiempos exigen que la política sea algo más que un hábil apuntalamiento de intereses, instituciones y costumbres, respetables porque han sido el exponente natural e irremplazable de su época, pero no menos naturalmente destinadas a ceder su puesto a nuevas condiciones de hecho y de derecho, más concordantes con las realidades del progresivo devenir social. La historia humana, como la historia del universo entero, ofrece una sola enseñanza indiscutible: todo pasa, todo evoluciona. La muerte es el único estacionamiento en la evolución de los seres vivos; y lo es sólo en un sentido aparente y convencional. Vivir es transformarse, para los pueblos como para los individuos: los organismos muertos son los que interrumpen su evolución, magüer

servan sus residuos para iniciar evoluciones ulteriores.

Refiriéndose a agrupaciones sociales que viven en perpetua evolución, la política debe ser esencialmente evolutiva. El astrónomo necesita mover su telescopio si desea seguir el curso de una constelación que peregrina por el espacio; las sociedades humanas son también constelaciones peregrinas en el espacio infinito de la historia.

La sociología contemporánea, orientada por los criterios y métodos propios de las ciencias objetivas y experimentales, ha desconectado los dogmatismos políticos y jurídicos del siglo pasado. Las adolescentes naciones de ambos mundos están a punto de iniciar su juventud, transformándose. A la breve distancia de una generación, los sociólogos sonríen ante la simpleza bien intencionada de los utopistas y de los reaccionarios que les precedieron en la interpretación de los fenómenos sociales; un sólo motivo basta para justificar a los nuevos críticos: cada generación aprovecha la experiencia de las anteriores. Pensando modernamente, nada más, los estudiosos contemporáneos pueden ver la sociedad y los problemas sociales bajo nueva luz, como no lo sospecharon los estadistas de hace medio siglo. Los lustros se deslizan veloces sobre las ideologías políticas y sociológicas, compelidas por el símún que borra las fórmulas trazadas sobre la arena inestable de la vasta llanura metafísica, propicia a los espejismos; frente a las ruinas de cada vasto ensueño, frente a cada magnífica ilusión que se disipa, la realidad levanta un hito, modesto pero definitivo. Un bloque sereno permanece en pie conquistado para el porvenir, en el sitio mismo donde una vasta esfinge de arena desaparece cuando los hechos soplan su irresistible vendaval.

La evolución de las sociedades humanas no puede impedirse ni precipitarse. Son igualmente ineficaces

las tímidas resistencias de los misonoístas y las exuberantes retóricas de los ilusos. Las reformas sociales son la consecuencia de nuevas condiciones de hecho, nunca de sentimientos o teorías, aunque los unos y las otras coexisten con ellas, como su producto natural. Los espantajos plebocráticos, legados al siglo XIX por los enciclopedistas, han influido menos sobre la evolución social que el aprovechamiento del vapor o de la electricidad. Hoy sabemos que las disertaciones sobre la trilogía republicana, "Libertad, Igualdad, Fraternidad" (científicamente absurda: el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad y el principio de lucha por la vida, universal entre los seres vivos, niega la fraternidad), no merecen preocupar a los sociólogos, cuya acción debe permanecer ajena a todo ilusorio sentimentalismo conservador o revolucionario.

Frente a la antigua política subalterna que baraja dogmas y sentimientos, comienza a definirse otra, fundada en la interpretación objetiva de los fenómenos sociales; ella es necesariamente impopular, como todas las concepciones científicas: la política sociológica.

Los estudios que señalan su orientación revisten dos fases bien distintas y, por ende, la sociología tiene dos funciones.

En un caso es puramente general, abstracta; se propone determinar la manera de producirse y sucederse los fenómenos sociológicos en el tiempo y en el espacio; su finalidad consiste en definir los caracteres que el determinismo y la evolución—principios universales—revisten en el orden propio de los hechos sociales.

En su segunda fase tiene funciones de aplicación a la vida, es particular, concreta. Sus conocimientos sirven para adaptar la acción a la evolución misma, orientando las actividades políticas en el sentido más favorable para el progreso de las

sociedades. En este sentido puede afirmarse que la política científica no es más que una sociología aplicada.

Adviértase que los hombres no orientan la evolución social. El curso de la historia no se modifica por ideas o sentimientos, que son efectos y no causas; pueden ser causas, a su vez, de fenómenos secundarios. La corriente de un río no se invierte porque lo deseen los tripulantes de una embarcación, ni su capricho puede cambiar la dirección del viento; conviene, empero, conocer ambas cosas para utilizarlas durante la navegación. La política empírica ignora las tendencias naturales e inevitables de los hechos que pretende manejar; la política científica las conoce y se adapta a ellas. Por eso le corresponde señalar solución a los problemas que se agitan en las sociedades modernas, revistiendo en los distintos pueblos caracteres especiales, debidos a condiciones diversas de modo, tiempo y lugar.

En nuestro siglo, esos problemas se caracterizan por francas tendencias hacia una reforma progresiva del orden económico vigente. Ella no es antojadiza, ni es la consecuencia de huecas retóricas que pretenden fundirla en ideales de justicia o de igualdad; es simplemente el producto natural de nuevas condiciones de hecho creadas por el desenvolvimiento de la moderna economía industrial y capitalista. Entre las cuestiones sociales, de suyo multiformes y complejas, destácase actualmente el problema obrero; en sus formas actuales no ha podido presentarse en otras épocas, siendo en nuestros días uno de los que esperan inminente solución. El sistema productivo capitalista (en el sentido que da a este término la escuela marxista, y que ha sido ampliamente analizado por Loria) ha creado nuevas relaciones entre los poseedores de los medios de producción y los trabajadores sometidos al régimen del salario; ese hecho determi-

na la necesidad de modificar las instituciones jurídicas que establecen las relaciones recíprocas entre las fuerzas concurrentes a la actividad económica de la sociedad entera.

La legislación civil contemporánea está en vísperas de ser modificada en sus mismos fundamentos. No puede persistir en su forma actual, pues no corresponde a condiciones reales: el hecho viola al derecho. En la época de formularla se desconocían las fuerzas económicas surgidas posteriormente en las sociedades civilizadas; esas fuerzas han creado nuevos intereses, nuevas relaciones, nuevos conflictos, nuevos derechos, nuevas obligaciones.

* * *

La economía y el derecho clásicos no pueden permanecer cristalizados en fórmulas ya inaceptables. Fuerza es confesar que algunos utopistas y reformadores sociales han contribuido eficazmente a su drenaje saludable. La subversión de las doctrinas económicas, iniciada por algunos socialistas ilustrados, tuvo como feliz consecuencia una benéfica lucha entre los economistas puros (preocupados en hacer doctrina) y los socialistas militantes (preocupados en poner la economía al servicio de su política), con resultados bilaterales. Por una parte se produjo un sacudimiento y modificación de la economía, anquilosada por aforismos inconvencionales; por otra una saludable evolución de los socialistas ilustrados; éstos se acercan, cada vez más, a la economía y acabarán por cimentar sobre ella sus previsiones sociológicas. "Los economistas han estudiado más de cerca los males que afligen a la clase más numerosa y más pobre", para servirnos de la frase de Saint Simon, y nos han hecho conocer sus verdaderas causas. Los socialistas, por su parte, después de haber comenzado haciendo tabla rasa de la economía política, y aun de todas las ciencias morales, acabaron por comprender la necesi-

dad de estudiarlas. Aunque aportaron a ese estudio hábitos de mediocre disciplina científica, han librado al socialismo de algunos de sus errores más groseros: en muchos de ellos la idea primitiva de confiar al Estado la tarea de reconstituir, y aun de absorber a la sociedad, ha perdido parte de su crédito. El estudio más profundo y más completo de las leyes naturales que gobiernan a la actividad humana acercará poco a poco la "élite" del socialismo a la economía política" (1).

* * *

Loria, el ilustre economista, ha podido afirmar con razón en su último libro que las ideas extremas jamás han triunfado en la historia; el triunfo ha correspondido siempre a las ideas medias, cualesquiera fuesen las condiciones de tiempo, modo y lugar. Cada idea extrema que fracasa tiene su idea media correspondiente que triunfa. La historia del desenvolvimiento ideológico de la humanidad sería simplemente la historia de sus ideas extremas; pero la historia del desenvolvimiento sociológico de la humanidad—de las "realizaciones" sociales—sólo sería la historia de la actuación de sus ideas medias correspondientes.

Páginas de **La Moral de las Ideas** por P. J. Proudhon. (F. Sempere y Cía., editores).

Después de todo, el creyente que, como los Bautain, los Lacordaire, los Félix, los Ravignan, avanza un paso hacia la ciencia, demuestra ya su buen deseo: apenas si cabe acusarle por la turbación, de la cual es a la vez causa y víctima. La fe es tan vigorosa en su corazón, que no le consiente descubrir lo absurdo de sus sofismas; ¿cómo ha de atreverse a sacudir su servidumbre? ¿cómo no ha de mirar con horror al audaz que rompe toda traba?

(1) G. de Molinari: "Journal des Economistes", junio 1848, París.

Empero ¿qué decir de aquel que, haciendo profesión de libre pensamiento, retrocede de los datos de la experiencia a las quimeras de lo absoluto, y tiende una mano a la ciencia y otra al milagro?

Después de la reforma de Bacon, Descartes es el primero que nos ofrece tan triste ejemplo.

¿Con qué derecho este filósofo, inquiriendo más allá del fenómeno, distingue entre la substancia material y la substancia inmaterial, entre lo absoluto y lo inabsoluto? De esta absurda distinción entre los cuerpos y las almas ha surgido la falsa psicología, donde se ha consumido estérilmente una de las más luminosas inteligencias del siglo: hemos nombrado a Jouffroy. ¿Qué habríamos perdido si los escoceses nunca hubieran encontrado traductor, si su necia filosofía hubiese permanecido en la nada?

¿Con qué derecho, el venerable Kant, después de haber revolucionado la metafísica por su Crítica de la Razón pura, afirma, en su Razón práctica, todo un mundo de absolutos, antítesis del mundo de los fenómenos y postulado de la conciencia y la libertad?

Introducido de nuevo en la ciencia por Descartes, Spinoza y Kant, lo absoluto propende al instante a erigirse otra vez en religión. Produce sus sistemas, confecciona sus dogmas, crea una gnosis, tiene sus iniciados y sus profanos; el joven monstruo muéstrase ya intolerante. Por su causa, la filosofía ayúntase insensiblemente y fraterniza con la teología; tiene su iglesia, su ortodoxia y su heterodoxia, su historia y su exégesis, su probabilismo y su eclecticismo. Como la teología, y aun más que ésta, dice hallarse de acuerdo con la experiencia, fundada como ciencia y nada más que como ciencia. No podemos menos que llamar, siquiera muy humildemente, la atención sobre este punto.

Sabemos que no media tanta distancia de Platón al Evangelio. Ade-

más no dudamos de la sinceridad religiosa de nadie. Tanto mejor si el eclecticismo ha aproximado a Cousin a la fe: nos felicitamos de ello, así por su rectitud mental como por la probidad de su carácter. Es su derecho, y quizá su deber, afirmar, manifestar sus convicciones; no lo discutimos. ¿Empero qué autoriza a decir que M. Cousin converso ha venido a enseñarnos que una cosa es el eclecticismo remozado por él y otra el catolicismo; que el primero deriva de la razón humana laborando sobre su propia fenomenalidad y formando la ciencia del espíritu y el segundo es la expresión de la razón divina, cuyos procedimientos exceden la observación racional; que Cousin, asistiendo a la fiesta de las escuelas y estrechando la diestra del arzobispo de París, simboliza la ciencia profana apoyándose sobre la ciencia sagrada, la experiencia de acuerdo con la tradición, la razón guiando al hombre a la fe? Esto no es hacer filosofía, sino una verdadera terciaria.

Hemos leído con gran placer, aunque distamos mucho de suscribir las conclusiones del autor, la *Histoire des langues sémitiques*, por M. Renán, de la Academia de Inscripciones. No nos agradaron tanto sus *Etudes d'histoire religieuse*, que hemos impugnado en varias ocasiones.

¿Por qué esa pretensión, tan rotundamente expresada, de que la ciencia es aristocrática, y de que la religión es su natural sustitutivo para el pueblo? ¿Qué significa esa división de la sociedad en dos categorías de inteligencias: inteligencias que saben e inteligencias que creen? Hasta aquí, la idea de remitir la religión a la multitud parecía ser un irritante maquiavelismo; M. Renán ha hecho de ella un principio de filantropía:

“Para la inmensa mayoría de los hombres, la religión establecida es toda la parte consagrada en la vida al culto del ideal. Suprimir o debilitar, en las clases ajenas de los otros medios de educación, esa suprema y

única reminiscencia de nobleza, es rebajar la naturaleza humana, y despojarla del signo que la distingue esencialmente del animal. La conciencia popular, en su alta espontaneidad, no adhiriéndose más que al espíritu, y no discerniendo del oro puro las escorias, santifica el símbolo más perfecto. La religión es siempre verdadera en la creencia del pueblo.....

“La ciencia no es para todos, empero esto a nadie excluye del ideal.

“La desigualdad es un vicio de la Naturaleza..... María (los señores del Instituto) lleva la mejor parte, sin que por esto Marta (el pueblo) sea infamada. Todos tienen la gracia suficiente para lograr su salvación, empero no todos consiguen el mismo grado de perfección y beatitud.”

Renán, que ha escrito su *Histoire des larges sémitiques* para ingresar en la Academia, ¿habrá publicado sus *Etudes d'histoire religieuse* en gratitud a ésta? Reconocéis con todo el mundo que la religión no ha sido inventada por la astucia y el despotismo, sino que es un producto espontáneo, legítimo, del alma humana; admitís igualmente la existencia de Dios: y ¿os atrevéis a decir que la religión no ha sido hecha para el sabio? El sabio, por lo tanto, es un monstruo, ni más ni menos que si pretendierais que la moral, el trabajo o el amor no son para él. Una de dos: o creéis y practicáis la religión como el más sencillo entre los sencillos, o habréis de explicar esa magna aparición de una manera que se aplique a todos. Os desafiamos a hurtar este dilema.

El pueblo necesita una religión, es preciso dársela a cualquier precio; y ¿por qué el pueblo necesita una religión? Porque es menester que el pueblo, que no lleva la mejor parte y que, como Marta, debe servir, aprenda por la religión a estar contento de su servidumbre. He aquí el secreto de toda esa **algarabía**.

En orden a la religión, o realización de lo absoluto, una sola nota

distingue al teólogo del filósofo. Mientras que éste, cabalgando sobre sus conceptos, labora con todas sus fuerzas para crear su mundo transcendental, el otro, que ha llevado a su último término la especulación, goza de su Dios, con el que se halla en comunicación constante por la Iglesia y la revelación. Tal es el resultado más diáfano de la historia de la filosofía, que debiera titularse también filosofía de la filosofía. Esa maravillosa historia nos muestra como una vez secuestrado por lo absoluto, el espíritu vese continuamente arrastrado, sin poder detenerse ni fijar en nada, a través de las desoladas regiones, **thohou oua bohou**, del materialismo, espiritualismo, misticismo, teísmo, panteísmo, idealismo y escepticismo: cómo después, erigiendo sus transcendentales idealidades en sujeto de la Justicia y en la ley de práctica, degenera en la adoración de su propia quimera, y recorre, ángel caído, los círculos expiatorios del fetiquismo, sabeísmo, brahmanismo, magismo, politeísmo, mesianismo, paracletismo, de suerte que, en esa doble cadena de quiméricas filosofías e insensatas revelaciones, no cabe establecer otra distinción que la de la división y la inconsecuencia.

No extrañéis, pues, que la filosofía propenda, como la teología, al despotismo. Toda filosofía de lo absoluto tiene por efecto inevitable esclavizar la conciencia bajo cierta especie de fatalismo especulativo *a priori*; ningún filósofo, consecuente consigo mismo, partiendo de lo absoluto, defiende la libertad. Ahora bien; el que niega la libertad, niega la Justicia y afirma la razón de Estado; ningún filósofo que sepa de dónde viene y adónde va, tomando como punto de partida lo absoluto, deja de ser antirrevolucionario.

¡Harto más triste es el espectáculo de la ciencia tascando, en pos de la filosofía, el freno de la religión!

No queremos acusar a nadie, ni siquiera a los muertos. La tendencia a justificar el mito religioso por los

datos de la ciencia positiva es demasiado general, implica algo demasiado atrayente, diríamos mejor demasiado humano, para que impugnándola con toda energía, no hagamos todo género de reservas a favor de las personas. La situación no tiene precedente: la opinión no ha dispuesto de tiempo para formarse; por otra parte, la calumnia destruiría nuestra tesis. Con el exclusivo fin de salvar la moral, la ciencia ofrece a la fe el apoyo de su sanción; he aquí lo que combatimos, esa intención plausible en sus motivos, empero ilusoria en sus medios y funesta en sus resultados. En este punto todos nos proponemos el mismo objeto, la Justicia; solamente diferimos por el principio. Confiamos que, haciendo justicia a la lealtad de nuestros ad-

versarios, éstos rendirán a la nuestra idéntico homenaje.

Más he aquí algo más jocoso. La homeopatía es de ayer; todavía está en la cuna y ya se ha adueñado de ella el misticismo. Es la medicina espiritualista, vocean los charlatanes ajesuítados: es más antigua que Hipócrates; existe desde el principio del mundo; es de un origen sobrehumano; forma parte de esas preciosas semillas que, con la palabra, la escritura, la industria, han sido dadas desde el primer día al hombre por la Sabiduría creadora..... (*Études élémentaires d'homéopathie*, por F. Alexis Espanet, en 12°, París, 1856.) ¿No significa esto que la homeopatía sirve para salvar el neumatismo, la Biblia y la gnosis, curándonos al mismo tiempo de la fiebre y del cólera?

Notas

El parlamento chino está reunido. Señalemos algunos rasgos de la nueva legislación:

No habrá Asamblea Constituyente especial. El Senado y la Cámara de diputados, reunidos bajo la presidencia del Presidente del Senado, funcionan como asamblea constituyente.

El número de senadores es el mismo para todas las provincias. El número de diputados es proporcional al número de habitantes.

El Senado comprende, a más de la representación territorial, los delegados de dos categorías especiales: la asociación escolar central y las colonias chinas del exterior. Esta institución de un poder docente y de un poder colonial en el Senado es notabilísima.

La ley sobre elecciones para diputados parece inspirada en la legislación japonesa, pero con originalidades también muy dignas de atención: para ser elector precisa haber terminado bien los estudios primarios o poseer cierto capital; para ser elegible basta contar 25 años de edad,

saber hablar chino y no ser enteramente iletrado. Entre las gentes privadas temporal o absolutamente de los derechos políticos están los fumadores de opio, los sacerdotes y religiosos. La elección no es directa o inconsciente, sino gradual y bastante complicada. Los colegios electorales se componen de diversos grupos: comités de comerciantes, industriales, agricultores, letrados. Además, todas las sociedades oficialmente reconocidas y que cuenten cierto número de años de vida (sociedades de beneficencia, uniones profesionales, sindicatos, cooperativas, cuerpos militares, etc.) pueden obtener el derecho electoral y la atribución de uno o más representantes. No hay por consiguiente, campaña electoral pública: todo se pasa en el interior de las diversas sociedades.

¿Resistirá el edificio republicano a los ataques de las sociedades secretas, tan prodigiosamente extendidas en China?

Hasta el movimiento de las sufragistas se manifiesta ya en varias provincias. Lo cual no es de sorprender

en un país donde aun las madres de familia asisten frecuentemente a las escuelas.

* * *

Lujo Brentano, "agitador socialista", "ideólogo ignorante del mundo", etc., es tal vez, entre los sabios de Alemania, el que provoca a su redor la más grande lucha de opiniones. En su gabinete de trabajo o en su cátedra de economía política de Munich, Brentano es un mago que arrastra a las multitudes en dos movimientos opuestos e igualmente colosales: un movimiento de admiración y un movimiento de odio. Por un lado, crece día a día el número de sus auditores y discípulos; por otro lado, se intensifica hasta alcanzar proporciones inauditas la campaña que contra él hacen las clases directoras y los grandes industriales.

A dos aspectos de la vida económica ha dedicado Brentano sus más valiosos esfuerzos: la constitución de los códigos de trabajo y la política neo-mercantil que practican generalmente los estados. Los ataques a esta política, particularmente, hacen de Brentano una de las figuras contemporáneas más simpáticas y más grandes. Nadie como él ha demostrado, con hechos palpables y razonamientos luminosos, los errores del proteccionismo. El daño que sufre el consumidor en virtud del alza de precios creada por los derechos de aduana no es compensado por ninguna ventaja para el trabajo nacional **considerado en su conjunto**. Lo que gana una de las ramas de la actividad, lo pierde forzosamente otra. Los derechos de aduana son funestos para el conjunto de la sociedad, porque, aminorando los beneficios de la producción, dificultan o impiden el acrecimiento de la riqueza nacional.

Pero volvamos al objeto preciso de esta nota: los enemigos de Lujo Brentano, no pudiendo vencerlo en buena lid, recurren hoy, para desprestigiarlo, a la desnaturalización de sus doctrinas y de sus fórmulas en más de 130 revistas fundadas o sub-

vencionadas por las grandes industrias. ¡Ojo a la más escandalosa de las falsificaciones!

* * *

Hace más de un siglo, el 24 de diciembre de 1812, apareció la primera edición de los **cuentos de los hermanos Grimm**, alemanes. La famosa obra, según declaración de los esforzados autores, no era más que una colección fiel de cuentos encontrados en manuscritos viejos u oídos recitar de boca de buenas viejas.

En las escuelas de Costa Rica están ahora en boga los cuentos, hasta los cuentos más tontos. Y cuando no son tontos son trivialísimos y retraducidos, de Perrault, de Andersen, etc. ¿No habrá entre las jóvenes maestras siquiera un par que, con gracia de verdad, quiera darse a la empresa de ir escogiendo entre los buenos cuentos impresos, pero no traducidos, o bien, con mejor gracia, a la de ir juntando, limpiando y guardando en forma literaria las historietas y fábulas, nacionales o no, que nos han hecho reír o llorar, a ellas y a nosotros, y que no se encuentran sin embargo en libros de todas las bibliotecas o debajo de los colchones de las más modestas camas?

* * *

La higiene, por ahora, sólo puede dar preceptos aislados. No se le piden códigos completos acerca de ninguna cosa. De ahí el peligro de las reglamentaciones oficiales (de construcciones, etc.) dictadas en nombre de la higiene. Respecto al problema de la alimentación normal, asunto de primerísima importancia, la higiene no se atreve casi ni a formular preceptos aislados. No hay todavía acuerdo entre los especialistas.

Damos aquí fielmente las conclusiones que sacamos del último trabajo (1) de **Armand Gautier**, químico e higienista de autoridad univer-

(1) Rectificación de quelques préjugés sur l'alimentation normale, Paris, Febrero. 1913.

salmente reconocida. No son novedades, son juiciosas confirmaciones, particularmente dedicadas a los franceses.

1. Alimentarse es una función primordial, de la cual dependen directa o indirectamente el bienestar y la moralidad, que aseguran la prosperidad de la raza.

2. No debe pedirse a la mesa más que lo estrictamente necesario para la satisfacción del apetito no artificialmente sobrecitado.

3. La cantidad y la elección de los alimentos deben ser tales que no sigan a las comidas ni digestiones trabajosas ni somnolencia ni incapacidad para el ejercicio físico o intelectual.

4. En principio, la carne no debe ser excluida de la alimentación normal. Es un alimento de fácil asimilación, que tonifica el corazón y los músculos y que excita y sostiene la voluntad. Cuando hace falta esta excitación de la carne, se siente con más fuerza el apetito de alcohol. Las estadísticas muestran que el consumo de alcohol se eleva en los grandes centros a medida que baja el de la carne.

Pero el uso inmoderado de la carne acidifica la sangre y predispone al artritismo y a las enfermedades de la piel. El uso de la carne deber ser temperado por el de las legumbres herbáceas, que alcalinizan la sangre.

5. En la mesa, beba cada uno según su sed, sin temor de desleír el jugo gástrico o dilatar el estómago. Tampoco tema el uso comedido de las bebidas fermentadas: ellas alegran y nos ayudan a resistir al cansancio y a los agentes mórbidos. Prefiéranse los vinos a las cervezas y cidras. Prefiérase el vino rojo al blanco (que es menos tónico y excita los

riñones). Deséchense en absoluto el aguardiente y los licores fuertes.

Más valen las simples aguas potables que las tisanas o las aguas minerales, casi siempre inútiles o nocivas.

6. Evítense los abusos de especias irritantes (como la pimienta), pero no se excluyan las que perfuman y hacen más agradables los manjares.

7. Debe, en fin, comerse sin precipitación y, ojalá, sin preocupaciones de ninguna clase.

* * *

Las moscas son quizá la peor de nuestras plagas locales. Que son agentes de transmisión de diversas enfermedades graves (la tifoidea, por ejemplo), que no hay insecto más molesto ni más sucio, no hay quien lo ignore. Ni hay quien ignore las medidas de lucha que se debieran adoptar. Pero... nos dejamos vencer!

Un viajero distinguido refiere que San José no coresponde ya a sus anteriores elogios. "He debido marcharme cuanto antes—dice—, enfermo de puro asco."

¿Es tan difícil o costoso echar en el excusado una botella de petróleo cada quincena, cubrir los depósitos de basura después de rociarlos con kreso o un producto semejante y empolver en la tarde con Preat u otro insecticida las paredes y lugares donde hayan de reposarse las moscas durante la noche?

¿Por qué olvidamos que son las caballerizas los grandes cuarteles del enemigo? El estiércol, ahí está lo que no debemos dejar acumularse en la ciudad; ahí está lo que es preciso bañar diariamente con cloruro de cal.

Elías Jiménez Rojas

Sin los utopistas de antes, los hombres aun vivirían miserablemente desnudos en cavernas. Son los utopistas quienes han trazado las líneas de la primera ciudad. Hay que compadecer al partido político que no tenga sus utopistas. De los sueños generosos salen las realidades bienhechoras. La utopía es el principio de todo progreso y el diseño de un porvenir mejor.—ANATOLE FRANCE.

A VECES VERSOS

A CHORROS

Bajo un sol de mediodía
que achicharra, funde y tuesta,
los morrales a la espalda,
las hoces en bandolera,
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas
cuadrillas de segadores
que habrán de regar la tierra
con su sudor, obedientes
a la maldición eterna
que da pan al que trabaja
y gallinas al que huelga.
En procesión incesante
los grupos pasan, se alejan
y en las colinas peladas
se pierden en manchas negras.
Vienen del Norte, bajando
de las empinadas sierras
con sus sombreros de paja
y sus zuecos de madera;
y así cruzan por la corte,
sirviendo de escarnio y befa,
silenciosos, tristes, lacios,
con sus guñapos a cuestras.
De pronto invade el camino
la multitud vocinglera
que va acudiendo a la plaza
en oleadas inmensas.
Fustas, pitos, cascabeles
restallan, silban y suenan;
los caballos se desbocan,
los carruajes se atropellan
y avanza la muchedumbre
de loco entusiasmo ébria,
con el ansia de los goces
que brinda una tarde espléndida.
Entre aquel torrente humano
perdida, confusa, envuelta
la cuadrilla, avanza siempre
desmenuzada y deshecha;
pero ya sus puntos tristes
al conjunto alegre mezcla
aumentando el contingente
de devotos de la gresca.
Luego, cuando el sol se oculta,
la multitud se dispersa
entre el incesante estrépito
de trallas, pitos y ruedas....

Y poco a poco, allá lejos,
por plazas y callejuelas
se va extinguiendo en rumores
el estruendo de la fiesta.
La ancha avenida del circo
triste y solitaria queda,
y solos como fantasmas
que surgen de las tinieblas
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas,
los morrales a la espalda,
las hoces en bandolera,
los infelices obreros
que van a regar la tierra
con el sudor de sus frentes
marcadas por la miseria....

Sinesio Delgado.

LA MUERTE DEL JUSTO

En el lecho del dolor
agonizaba un gitano,
teniendo a su alrededor,
de una parte, el confesor,
a la izquierda, un escribano.

El fraile que le auxiliaba
fervoroso y elocuente,
mientras la cruz le mostraba
con sus frases le exhortaba
a morir cristianamente.

—Ya—le decía—estás listo;
ya tienes mis bendiciones;
en llamarte justo insisto
porque mueres como Cristo....
—Sí, padre; entre dos ladrones.

Luis del Arco.

EL VIEJO Y EL MENDIGO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo:—Vaya un cuento ahora—;
y ya iban tres cuartos de hora
cuando él iba en lo siguiente:
—Aunque pobre, el juez prudente
le hizo justicia al momento—
Y un pobre, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
—¿Pobre, y se le hizo justicia?,
dice usted bien: eso es cuento.

R. de Campoamor.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribidos y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

ABIERTA NOCHE Y DIA
AL SERVICIO DEL PUBLICO

Talleres montados con todos los adelantos
Departamentos de linotipos - Encuadernación
Prensa rotativa - Plegadoras - Guillotinas, etc.

Se hacen toda clase de trabajos de arte, comerciales y de lujo

CLARE Y JIMENEZ

PROPIETARIOS

IMPRESA MODERNA

Regente: JUAN ARIAS

SAN JOSE DE COSTA RICA

Frente a la Biblioteca Nacional

Apartado número 49 ☐ Teléfono número 18

En la IMPRESA MODERNA se imprimen:

La Información
La República
La Prensa Libre
La Unión Nacional

El Comisionista
La Aurora Social
Renovación
Ecos

Capacidad ilimitada de las máquinas
y rapidez insuperable

Precios sin competencia